

(1931-2019)

Fernando Garza Quirós

Con su avezado y apasionado trabajo sobre la cultura y los personajes populares de la región, el investigador y catedrático de la Facultad de Artes Visuales de la UANL contribuyó a dotar de sentido e identidad a este noreste mexicano donde vivimos. Durante su homenaje luctuoso, ofrecido el 16 de julio de 2019 en el Colegio Civil Centro Cultural Universitario, por parte de la Secretaría de Extensión y Cultura, a través de la Dirección de Historia y Humanidades de la UANL, se destacaron las aportaciones filosóficas, literarias, históricas, documentales y orales de sus obras, cuyas narrativas están dotadas de profundidad y belleza.

Una voz que clama en el desierto

POR ARMANDO V. FLORES

*Homenaje:
Reconocer y recordar los logros de una
persona en determinado ámbito.*

El jardín de cactáceas en mi casa está en el mismo nivel de la biblioteca, es la extensión exterior de ésta y es el complemento ideal para provocar la contemplación reflexiva.

Es la parte más baja del patio, lo delimita al fondo un muro en talud y detrás de éste, la escalera pétreo que lo comunica, medio nivel arriba, con el patio propiamente dicho y las partes inconfundibles que lo hacen ser lo que es: terraza, muebles de intemperie, asador de carnes, plantas de ornato en parterres y macetas, arbustos y árboles frutales, sin faltar entre ellos –por tradición sefardí– el granado, el limonero, la higuera y la reseda egipcia para perfumarlo de noche. En ese pequeño reino que evoca al desierto conviven agaves, yucas, cactáceas, suculentas, euphorbias, liliáceas, opuntias, aloes y caprichosas cristatas desordenando su geometría de origen, entre otras.

Es, cómo negarlo, la ostensible evidencia del aprecio y enamoramiento al paisaje semiárido que abunda en la mitad de la región y del país.

Pero, cómo surge este amor a la cultura del desierto si nací y me críe en un pueblo anclado en el regazo boscoso de la montaña, en una franja mesopotámica circundada por dos afluentes fecundadores –un río y un arroyo–, generadores de un lugar henchido y sobrado de vida, lo más cercano al *Paraíso*.

En contradicción a la geopsicología o psicogeografía que orienta el lugar, su trasfondo cultural exuda patrimonios intangibles generados en las culturas el desierto: la religión bíblica en sus dos testamentos como la primera voz cultural que clama en el desierto, el modo franciscano dominante en tradiciones y costumbres, la cultura del agua que, entre otras muchas cosas, obliga a los demás presentes a cruzar los brazos cuando alguien la bebe; la costumbre del café matutino para despertar y el té vespertino para el buen dormir, el vocabulario cotidiano tan lleno de voces arábicas, la arraigada conservación de alimentos cárnicos, vegetales y frutales mediante el ahumado, la deshidratación, la

salmuera, los vinagres, los almíbares o la exposición calculada al sol o a la luna –asolear orejones de calabazas o frutas y serenar grasas animales a la luz de la luna para su incorruptibilidad–, entre otros; los nombres de panes regionales como las semitas y los turcos y, esa palabra cotidiana en boca de todos, cargada de buena voluntad, como oración poética, ¡ojaláj. Basta ella sola para decirlo todo.

Sin haber concluido la infancia y por decisión de mis padres me fue cambiado bruscamente el escenario urbano, de la villa agrícola a la ciudad industrial y comercial, del municipio auto-contenido a la divergente capital del estado. Aparecieron entonces ante mi asombro las calles pavimentadas y alumbradas, el transporte colectivo, las salas de cine, los cristalinos aparadores comerciales, los músicos callejeros, los anuncios iluminados con gas neón y la violencia física entre semejantes zanjando problemas de robos, ofensas o diferencias personales mediante puñetazos que ante la promoción y complacencia de un corro de espectadores sólo era suspendida luego del suficiente baño de sangre.

aventura cultural una casa semi-sepultada en el Centro de Estudios Caprinos de la Facultad de Agronomía en el municipio de Escobedo, Nuevo León, quedando pendiente la totalmente sepultada como fase final de la propuesta. Tal fue mi bautizo en el desierto y el inicio de mi feligresía fiel y permanente.

Conocía de antemano a Javier Martínez Argáiz, a Fernando Garza Quirós y a Ricardo Elizondo Elizondo, también con ellos llegué al desierto y el desierto nos hermanó en cofradía y ante la más débil sugerencia peregrinamos, siempre con ojos nuevos, al encuentro de fogones, petroglifos, puntas de proyectil, pinturas rupestres, grupos fidencistas, lechuguilleros nómadas, pastores de cabras, veneros de agua, centros ceremoniales, cambios de piel de las víboras, carapachos de tortugas, “pitayas”, flores de palma, ramas de orégano, poleo y salvia; vainas de mezquite, chile del monte, y después de las lluvias, el festival grandilocuente en formas y colores de la exuberante floración de las cactáceas. Javier con su amorosa labor pedagógica, Fernando rescatando

Conocía de antemano a Javier Martínez Argáiz, a Fernando Garza Quirós y a Ricardo Elizondo Elizondo, también con ellos llegué al desierto y el desierto nos hermanó.

También apareció la nueva escuela elemental donde, contraria a la primera, había que asistir calzado y los condiscípulos teníamos entre sí más diferencias que semejanzas. Entender ese mundo de diferencias me permitió tener consciencia de lo demás, de lo otro, de la otredad, aceptando la diversidad y aprendiendo de ella. Tal principio funcionó como constante durante mis estudios secundarios, preparatorianos y universitarios.

Mi acercamiento consciente al desierto en su modalidad de zonas semiáridas se inicia por mis estudios de arquitectura primero y mi función de catedrático universitario después. Guiando un grupo de estudiantes en servicio social exploramos la arquitectura –humana y animal– de las zonas áridas y planteamos propuestas acentuadas para su validez tanto en su trasfondo cultural como en su inalterable dualidad climática, abrasadora de día y congelante de noche, donde la vida se da sólo por adaptaciones inteligentes como guarecerse en las oquedades, las concavidades y el subsuelo. Sobrevive de esa

la tradición oral y la micro-historia regional y Ricardo con sus novelas y cuentos impulsando la narrativa del noreste, son también voces que claman en el desierto.

Muchas de las peregrinaciones en el desierto culminan ante la presencia del “chamán” o curandero en busca de protección contra los malos espíritus propiciatorios de insidiosas enfermedades e infortunios. En la Hacienda del Espinazo –ahora convertida en santuario espiritista–, jurisdicción del municipio de Mina, en Nuevo León, José Fidencio Síntora, mejor conocido como Niño Fidencio, alcanzó la cumbre de taumaturgo de 1921, año en que llegó como trabajador de la hacienda, hasta su muerte en 1938, con falsa promesa de resurrección. Aunque el sitio llegó a sostener millares de población flotante, el más sobresaliente de sus enfermos fue el general Plutarco Elías Calles siendo presidente de la república, quién en febrero de 1928, acompañado en el tren presidencial por el jefe militar del 5º Distrito Federal, del gobernador del estado de Nuevo León

y del presidente municipal de Mina, hizo estancia en Espinazo para ser curado de lepra. Si religión es religar al hombre con la divinidad, el fidencismo es una religión de voz fuerte del hombre con el desierto.

Sin haberlos conocido personalmente, con admiración evoco al científico francés Théodore Monod (1902-2000) y al escritor y fotógrafo inglés Bruce Chatwin (1940-1989), ambos defensores del nomadismo como la esperanzadora manera de vida digna y única forma actual de entender el humanismo antes del modelo bárbaro que ha formado la sedentarización urbana. Théodore vivió 78 de sus 98 años en el desierto de Sahara, proveyendo al Museo de Historia Natural de París de su particular colección de animales, vegetales y minerales saharianos. El estudio del desierto lo transformó en un hombre nuevo, reconoció al Dios de la Vida y lo permutó por el del Libro, y por ello nos confiesa, “recuerdo la lección del desierto, su dibujo, su canto de silencio, del que me gustaría estuviera empapada la llamada civilización... se parece, podríamos decir, a la tierra antes del hombre... nos da la noción de la inmensidad del tiempo, de la eternidad”. Chatwin, en cambio, se mueve en el mundo de la literatura y particularmente en los llamados libros de viaje. Simpatiza con el nomadismo por su homogeneidad a diferencia del sedentarismo por su obsesiva inclinación al cambio. En su obra *The songlines* –Los trazos de la canción– explora el desierto australiano y las costumbres de sus aborígenes indagando la hipótesis de que la territorialidad mística o sentimiento de pertenencia al lugar se sostiene en lo intangible, a través de la práctica cultural del canto para fortalecer la memoria colectiva. La exploración inconclusa de Chatwin amplía y deja abierta las dimensiones ocultas que resguardan las culturas del desierto. Ellos son voces internacionales del desierto.

La Revolución Mexicana nació fortalecida en el norte desértico de México y su principal logro fue la Constitución Política de 1917, que a un siglo de su guía y asistencia apenas se ha comenzado a elaborar un diagnóstico sobre la realidad que se vive en este su escenario natal, todavía marginal.

Las zonas áridas en México rebasan el 40% del territorio nacional y tienen presencia en casi todo Baja California, Sonora y Chihuahua y gran parte de Coahuila, Nuevo León, Tamaulipas, Zacatecas, San Luis Potosí, Durango, Guanajuato, Aguascalientes, Querétaro, Hidalgo, Puebla y Tlaxcala,



“En nuestro desierto, viejas y nuevas voces claman, todas permanentes en el tiempo y el espacio”.

principalmente, y en todas esas partes hay voces que se manifiestan diciéndolas.

Es en el desierto donde el horizonte es reverberante e inalcanzable y donde se puede ver de manera diferente el suelo, el cielo y las estrellas. En nuestro desierto, viejas y nuevas voces claman, todas permanentes en el tiempo y el espacio, panteón habitado en parte por fray Andrés de Olmos, Luis de Carvajal, Gaspar Castaño, Diego de Montemayor, Diego Díaz de Berlanga, Alonso de León, Juan Bautista Chapa, Melchor Vidal de Lorca, fray Raphael José Verger, fray Servando Teresa de Mier, José Eleuterio González, Alfonso Reyes, José Fidencio Constantino, Santiago Roel, José Alvarado, Raúl Rangel Frías, Israel Cavazos, Irma Sabina Sepúlveda, Celso Garza, Andrés Huerta, Ricardo Elizondo y entre ellos la de nuestro homenajeado: don Fernando Garza Quirós.

Un buscador de verdades sin temor a desmitificar

POR ALEJANDRO GARCÍA GARCÍA

Debo decir que no conocí al licenciado Fernando Garza Quirós personalmente, pero —como seguro les ha sucedido a ustedes con algunos autores—, he establecido una simpatía y respeto personal con él a partir de la lectura de parte de su obra escrita. Parto del hecho de que, como antropólogo social y producto de esta cultura local, entrañable para él como para mí, tengo la responsabilidad de dar el lugar que merece su trabajo en la vida de la academia y agradecer en lo personal su forma en el tratamiento argumentativo de sus trabajos, con la cual cada vez coincido más, que ensancha a veces hasta romper los límites de las disciplinas, para llegar de manera correcta y sabia al conocimiento e interpretación de hechos, de sucesos, ayer y hoy.

El investigador

Luchador frente a la simplicidad de una historia reducida a luchas socioeconómicas, traslada a la narración directa de los hechos concretos, las circunstancias particulares, lo que pasó.

Sabio *bricoleur* de las historias orales y los documentos y fotografías que efectivamente prueban las particulares circunstancias de los hechos y los procesos que desde la vida cotidiana, construyen las grandes Historias, aquéllas construidas en esculturas, en rígidas fábulas que cierran el derecho a la verdad, a conocer la personalidad y situación de hombres y mujeres reales, que tomaron decisiones —o las sufrieron— de una forma específica y no de ninguna otra.

Buscador de verdades sin temor a desmitificar y a, incluso, alentar ésta, llevando al lector a la delicadeza de la descripción pormenorizada, sin prisa, atendiendo a todas las dimensiones en que se vivió un suceso tratando de atrapar la belleza intangible de esa contundencia total de los hechos tal como fueron. El historiador señala el papel de las leyendas (manifestaciones valorativas trascendentes, persistentes) en la vida de las comunidades, desde su punto de vista: “para la exteriorización de la cultura es indispensable la exteriorización de las ideas y los valores”.

Su prosa poética que penetra en lo más cotidiano, superando esta homogeneidad con sesgos temáticos y argumentativos audaces, como la de la construc-

ción de los “patos”, la embarcación desarmable para cruzar indocumentados y drogas por el Río Bravo; o entrando delicadamente en las bodas de antaño, describiendo los cambios de vestido de la novia a cada rato, del color y sus significados en ese contexto natural florido. Revela la fantástica travesía que las costumbres, mitos y objetos han debido sufrir para llegar a ser lo que son para nosotros hoy en día.

Don Fernando reconoce los grandes procesos históricos y políticos nacionales y las repercusiones que en las prácticas locales éstas tenían. Datos demográficos, apéndices que tanto legitiman su decir, como aportan una serie de usos y costumbres vigentes en esas épocas, conocer de las formas de creación e influencia del rumor y su poder en circunstancias extremas.

Los documentos históricos transcritos a lo largo de sus libros, describen toda la ética ciudadana de una época, los fundamentos axiológicos de leyes escritas y no escritas, que le otorgan sentido, identidad, a la vida de las comunidades.

Su profundo trabajo de investigación le permite, además, incorporar declaraciones periodísticas que ilustran de manera plena la crónica del personaje según “los ojos” de aquella época. Haciendo intervenir de manera oportuna fragmentos de los cánticos populares, siempre manteniendo una tensión entre la más alta especulación intelectual y la intuición hecha canto y costumbre entre la gente.

Por otra parte, su obra manifiesta en su impacto, una subyacente invitación a lo científico, a el conocimiento de los datos duros, oficiales, etc, combinada de manera conveniente con las palabras de fuego como las de nuestro rey poeta Netzahualcōyotl, que apuntan estilísticamente a que la verdad sólo puede manifestarse a través de la belleza.

Sus trabajos muestran una capacidad para conectar con el lector, de preparar las publicaciones pensando también como un escritor, no sólo como un rígido “científico social”, rescatando de donde se encuentre información determinante y declaraciones clave, cuya relación de los hechos es cruzada para obtener la versión más cercana a lo sucedido. Citas de filósofos clásicos como Erasmo, Ortega y Gasset, Cioran, entre otros, abren capítulos con una sabia síntesis de lo que se expondría a continuación, donde

se nos abren fragmentos de un rigor etnográfico e historiográfico que ilustran los rasgos centrales y periféricos de un contexto, de una situación y suceso concretos, de un día a una cierta hora en un lugar específico.

Su obra

El redescubrimiento de personajes como El Niño Fidencio o Agapito Treviño significa ir hasta las raíces de los hitos que –concentrados en personajes protagónicos como éstos–, narran al mismo tiempo el sentir de un lugar y un momento trascendentes en la construcción de la identidad que nos constituye como comunidades norestenses.

En este breve escrito me remitiré por cuestiones de relevancia dentro del conjunto de su obra, a los textos dedicados al Niño Fidencio y a Agapito Treviño, no poca cosa...

Don Fernando se avoca en un momento de su trayectoria como investigador a dos personajes complejos, en dos diferentes libros, ambos sujetos que funcionaron como ejes centrales de movimientos masivos y de huella histórica de atracción o rechazo extremos. Héroe reales, hitos en el tiempo que detonan el sentir del pueblo, del más humilde de los pueblos, forjadores de una historia regional, propia, donde lo “nacional” se queda en la capital del país, muy lejos de estos desiertos en todo sentido.

En el caso del texto acerca del Niño Fidencio, describe e ilustra con fotografías los momentos en que curaba, mientras bendecía desde un techo o cuando es llevado cargado por las manos de las multitudes por cientos de metros. El columpio, el charquito, el pirul, cada uno es abarcado en términos de su uso y a qué tipo de ritual están dirigidos. Comentar las técnicas usadas para los eventos más conocidos, como la llegada en tren para curarse el presidente Plutarco Elías Calles.

En cuanto a Agapito Treviño, su labor historiográfica desmitifica muchos de los saberes populares, distribuidos especialmente a través de corridos y relatos difundidos a través de la tradición oral. La descripción de la persona que fue Agapito, nos permite acercarnos más francamente con la vida, con los eventos que en su calidad de ciertos, nos cautivan aún más que la mejor literatura.

En ese caso en concreto, en la denominada “época de oro” del cine mexicano, en su narrativa se encargó en crear una visión totalmente deformada de un personaje que refleja una situación histórica que pierde su sentido para hacerla más atractiva

para el público. Antes que la academia, y de manera paralela a ella, se realizaron investigaciones de gente apasionada por los temas, haciendo el trabajo de campo y de archivo necesarios para saciar la sed de saber. Uno de estos investigadores notables fue el licenciado Fernando Garza Quirós, neoleonés ocupado por su región, por sus grandes personajes y hechos históricos, por la descripción pormenorizada de sucesos que ahora mismo dan sentido a este noreste mexicano donde vivimos.

Don Fernando posee una riqueza argumentativa que va llevando al lector de la anécdota de un suceso preciso (precedida por un conjunto de transcripciones de documentos recopilados en archivos, donde se asienta y legitima la veracidad desde la cual se parte) y culmina con una reflexión sociológica sobre los valores en que se asentaba y ahora asienta el concepto colectivo de “Patria”.

En sus trabajos trae a colación a economistas como a Adam Smith y su concepto de la “mano invisible”, añadiendo situaciones demográficas y convirtiendo fragmentos de sus textos en legítimos análisis sociales. Enriquece sus trabajos citando lo mismo a Octavio Paz y sus ideas, que el concepto freudiano del “complejo de Edipo”, cada uno en su momento y lugar precisos, lo que convierte a la lectura de sus textos en un placer intelectual y sensible que rebasa la crónica tradicional de carácter meramente descriptivo o el ensayo atiborrado de tablas y datos, que por eso se piensa más “científico”.

Conocedor de las propuestas teóricas de los más distinguidos intelectuales de su época, nacionales e internacionales, cita en momentos precisos a Adler o a Carl Gustav Jung y su teoría de los arquetipos, concretamente en su libro *El Niño Fidencio y el fidencismo*, donde vincula sabiamente un hecho local, para determinar un modelo básico de culpa-purificación-sanación, en las maneras de curar del taumaturgo. También se confrontan las posturas de distintos intelectuales con respecto a algún punto concreto, por ejemplo el perfil psicológico de Fidencio.

Lo sitúa junto con otros curanderos de la región, personajes que ubican la presencia de Fidencio en el contexto de la época, en ese momento curaban también Pedro Jaramillo, Pedro Rojas, El niño Juanito en El Carmen, N. L., Saulo y Silas y La Güera Eva, otros personajes destacados en el paraje de la vida social y la relevancia del curanderismo en el México profundo.

En su momento Garza Quirós genera propuestas en el ámbito de la salud con una actitud altamente crítica ante la ortodoxia de la medicina tradicional urbana, que aún hoy destacarían como “revolucionarias”, por ejemplo la inclusión en el IMSS de sanaciones en base a herbolaria, veladores o imágenes, él habla por ejemplo de la paisaje-terapia, la influencia en la salud de estar y ver ambientes naturales como el desierto y su influencia en la salud mental y física del sujeto.

El historiador profundiza en teorías científicas que apoyan la integración de una secuencia que va llevando al paciente de la enfermedad a la cura, trae a colación propuestas revolucionarias que Fidencio, de manera totalmente autodidacta y personal, aplicaba para curar, como el psicodrama propuesto por Moreno, el “Total Push” o la terapia del paisaje, que ya mencionábamos. Es claro el factor psicosomático que encierran la mayoría de las enfermedades, la conducta del Niño, según deja ver nuestro etnógrafo con formas de expiación de la culpa.

Aportes a la cultura norestense

Estos hombres –Fidencio y Agapito– al que el licenciado Garza llega a conocer profundamente, los considera descendientes, como él mismo dice, de “...la seriedad que procede de la sinceridad absoluta”. Hay una comprensión profunda, casi íntima con estos personajes, en una especie de diálogo subyacente a las argumentaciones a lo largo de sus libros.

El perfil de Agapito es considerado como el de un “equilibrador social” en términos ideológicos, a manera de pícaro bufón: roba pero no mata, es juguetón y burlón –recordemos que hacía bailar a sus víctimas en paños menores para su solaz esparcimiento–, y por otro lado, hay que destacar la teatralidad como estrategia terapéutica, la funciones de mímica y el humor festivo cada noche en el teatro diseñado por el mismo Niño Fidencio.

Para el caso de Agapito “el ladrón tradicional representa una forma primitiva de protesta social, tal vez la más primitiva de todas”. Agapito, casi invisible por su conocimiento profundo de los montes, valiente, e insistentes, es un personaje que se ancla en la cultura popular, pues es un personaje “reactivo” a un contexto opresivo económica e ideológicamente con la mayoría.

Agapito reaparece a través de la lectura como un pre-revolucionario y como “uno de los iniciadores

del movimiento chicano”. Uno más entre los llamados bandoleros que asolaron pueblos y ciudades en esa misma época, como Heraclio Bernal y muchos otros, a los que Garza Quirós llama atinadamente los “franciscanos de la destrucción”. En este texto don Fernando alcanza niveles de prosa poética de alto refinamiento; en relación a la buena suerte de Agapito tras sus tres escapatorias ya preso y su postrera muerte, nos dice, “al amparo de las alas que no toleran la brusquedad de la materia”.

Antes del fusilamiento de Agapito el autor señala dos hechos fundamentales, basados en documentos que cita: su solicitud de perdón a sus víctimas, a voz en pecho, y detalles tan tiernamente insólitos como el pedir por favor “se pague dos y medio reales que le debo a uno de la cárcel”.

Tanto Agapito como Fidencio se desarrollan a partir de la extrema pobreza y una vida personal “atropellada” por las circunstancias iniciales en sus vidas. Personajes que muriendo jóvenes (Agapito apenas tenía 25 años cuando fue fusilado) han dejado un amplio y profundo impacto en el tiempo, con hechos y dejando con ellos un legado de su valor en el noreste del país y nacional también, por muchas razones que nos da el tiempo de señalar aquí; sujetos salidos de los trasfondos de la miseria y la discriminación, que se convirtieron, seguro sin pretenderlo, en hombres-espectáculo con el apoyo directo de los más humildes, “payasos sagrados” que irrumpen las formas acordadas, para lograr el equilibrio frente a tanta injusticia social.

Desmitificando aquello del tesoro no encontrado y del color de su caballo, Don Fernando comenta detalles históricos que no dejan de hacernos sonreír, atendiendo a nuestra forma actual de ver las cosas y nuestro contexto ahora mismo, por ejemplo, entre los sustraído por Agapito a algunos de los asaltados, entre ellos estaban “tres costalitos de labor con naranjas de China, unas arquetas de piloncillo, unos calzones de gamuza colorada (no atino a pensar cómo se vería esta prenda ya puesta)” o “un morral con una ollita de manteca de puerco”.

Termino mi intervención recalcando la sabia trama que con aportaciones filosóficas, literarias, históricas, documentales, orales... el investigador va hilando hasta conseguir obras maestras, con ello, el licenciado Fernando Garza Quirós ha logrado la profundidad y belleza exigidas, como sabiamente él señala: para ser el triunfador en esa lucha entre la gloria y el olvido. Para él, siempre la gloria y nunca el olvido.